

ADMIRACION  
DE  
MARAVILLAS

por

PEDRO  
ESPINOSA



*La Fuente Escondida*

*Cruz del Sur MCMXIV*

BIBLIOTECA NACIONAL



# BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección Chilena

ubicación

11 (1122-5)

Nº Ed.

1746

Copia

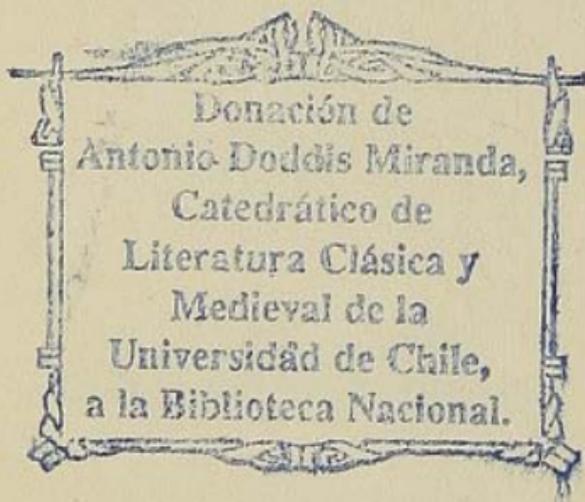
1

Registro Seaco

Registro Notis

406124

07(9122-5)





Colección **La Fuente**  
**E***scondida*

*bajo la*  
*dirección literaria de*  
**JOSE RICARDO**  
**MORALES**



**ADMIRACION**  
**DE**  
**MARAVILLAS**





ADMIRACION  
DE  
MARAVILLAS

por  
*PEDRO  
ESPINOSA*



*La Fuente Escondida*

---

*Cruz del Sur - MCMXLVI*

de Valencia, compuesto y sin novia. Al desastro final de estos amores se une el fracaso de la empresa literaria que Espinosa termina en esa época. Bajo el título de *Flores de poetas ilustres* recoge y publica más de doscientas poesías de autores diversos, entre los cuales él. Se le tilda de engreído por incluir sus composiciones en libro de semejante título, y su recopilación conoce la suerte común a las antologías: el varapalo o el templado clima de la indiferencia. Ni frío ni calor ocasionan sus empresas; ni vida ni obra encuentra cumplidas: nada de nada. Con desengaño, al cabo de la calle, sabiendo que en el mundo sólo le aguardan sinsabores o sabor de amarguras, llegados los veintiocho años de su vida opta por retirarse a la soledad de los yermos, cerca de Antequera, en el ermitorio de Santa María Magdalena.

Si toda decisión es una división, Espinosa, al tomar partido por el alejamiento del mundo, parte su vida y su obra en dos laderas opuestas. Acusa desde entonces una mayor preocupación religiosa en sus composiciones líricas; estima las galas de la naturaleza como el mejor motivo de apartamiento, elogiándolas por obra del Creador, y para ser consecuente con su nueva actitud de renunciación, hasta de nombre cambia sustituyendo el suyo por

el no menos eufónico de Pedro de Jesús, con el que firma los poemas que figuran en la Segunda parte de las Flores de poetas ilustres, publicadas por el licenciado Agustín Calderón. En 1611 se traslada a la ermita de la Virgen de Gracia (Archidona), donde escribe la eminentísima Soledad de Pedro de Jesús, dedicada al Conde de Niebla, Duque de Medina Sidonia. Después, ocupa el cargo de rector en el Colegio de San Ildefonso en Sanlúcar de Barrameda; cultiva el jardín del Duque y en ese nuevo retiro escribe su Soledad al Gran Duque de Medina Sidonia (1623), concebida como una variante de la Soledad anterior, en cuyo nuevo poema recrea la ordenada naturaleza del huerto que trabajara con sus manos. Las obras en prosa suceden a las poéticas en los últimos años de nuestro autor, destacándose entre ellas Espejo de cristal, obra que se refiere a la muerte y al más allá, y El perro y la calentura, novela peregrina de inspiración quevedesca, en las que muestra nuevos aspectos de su acrecentado caudal ascético y senquista.

Vivir para ver, para escudriñar el mundo con los ojos y representarlo visualmente, fué norma de Pedro Espinosa. Díganlo, si no, sus obras

maestras de juventud: la *Fábula de Genil* y las dos prodigiosas canciones *Al bautismo de Cristo en el Jordán* y *A la navegación de san Raimundo a Barcelona*. Nunca en la literatura española se había expresado con tal maestría la cualidad pictórica de las aguas. Espinosa se complace en pintar como querer, especialmente en la *Fábula de Genil*. Con imperio absoluto sobre los nuevos elementos empleados, inventa a su placer la deslumbrante realidad del mundo sumergido, sintiéndose en tan extraño ambiente como el pez en el agua. Se han citado modelos anteriores que, seguramente, el poeta tuvo en cuenta para la composición de su fábula — *Las Metamorfosis* de Ovidio, el libro IV de las *Geórgicas* de Virgilio, el *Ninfale fiesolano* de Boccaccio; Garcilaso, Camoens, la *Fábula de Mondego* de Saa de Miranda, Herrera, la *Egloga de la llamada de Barahona* de Soto... —, pero a dichos precedentes cabe añadir también el *Sarca* de Pietro Bembo y la elegía festiva de Barahona de Soto que empieza con el verso «Furioso río que en tu limpia arena...». Al poeta italiano se debe el episodio de la presentación del dios fluvial ante la ninfa amada — considerado hasta

ahora como invención de Espinosa —, pues en la referida obra de Bembo, el dios del río Sarca solicita en matrimonio a la ninfa Garda, como lo hace Genil con la desdeñosa Cínaris, la ninfa delicuescente que muere, al pie de la letra, deshecha en lágrimas. También la satírica composición de Barahona pudo contribuir a la gestación de la Fábula de Genil, no sólo por el tema, sino, sobre todo, por el carácter jovial de la composición, humor algo atenuado en la obra de nuestro poeta, pero patente en muchas de las expresiones que algunos rigoristas, Quintana entre ellos, tuvieron por manifestaciones de mal gusto, sin advertir el alegre espíritu de la fábula. Y es que Espinosa ya no podía tomar en serio el tan explotado recurso de las esquivas ninfas y de los desengañados galanes. El mundo mitológico grecolatino estaba próximo al agotamiento, manido en exceso por los poetas renacentistas y en pugna con las nuevas orientaciones de la iglesia católica, y si aparece todavía en las hermosas canciones sacras de nuestro poeta, sólo viene a prestar a los versos la retorsión decorativa y el boato ornamental de los tritones, las ninfas y las sirenas, contribuyendo así al general esplendor y recargado efecto de la composición.

Porque en la obra de Pedro Espinosa madura el barroco literario español. La visualidad de sus escritos coincide con el predominio de los valores ópticos sobre los táctiles en las artes del espacio, y aunque la antítesis y el juego perifrástico de los poetas barrocos no aparecen con exagerada demasía en sus versos, tiene, sin embargo, otras características formales que le conceden timbre de precursor. Si en el barroco se hace común la ampliación de las formas empleadas por los renacentistas, dando origen, incluso, a otras nuevas, como en la música ocurre, Espinosa se adelanta a esa tendencia dando mayor extensión a los versos del soneto, rompiendo la forma cerrada y redonda del poema en endecasílabos, a pa i s á n d o l o al escribir el primer soneto importante en alejandrinos de nuestra lengua. También contribuye al gusto barroco de la época, que se complace en ver los distintos aspectos de una misma cosa, al escribir sus dos Soledades como variantes de una sola idea, así lo hicieron los músicos en las variaciones o «diferencias», considerables como atributos o cualidades adjetivas que se deducen de un tema dado. Nótese, además, la mezcla de diversas formas líricas que hay en su primera Soledad, sumidas en un todo por el tema común que las

*enlaza, y se caerá en la cuenta de que Espinosa fué altísimo poeta tanto por su exuberancia y blandura expresivas, como por sus anticipaciones a las tendencias literarias que iban a dominar en España durante el siglo XVII.— J. R. M.*



---

---

SONETOS

---

---



## AL GUADALHORCE

**H**onra del mar de España, ilustre río  
que con cintas de azándar y verbena  
ciñes tu margen, de claveles llena,  
haciendo alegre ultraje al cierzo frío,

si ya con tierna planta y dulce brío  
vieres la ingrata, causa de mi pena,  
hurtar tus perlas y pisar tu arena,  
baña sus huellas con el llanto mío.

Así la Aurora vierta por tu orilla  
canastillos de aljófara y esmeraldas,  
olor las auras, flores el verano.

Y, si esto es poco, así mi pastorcilla,  
cuando tus lirios ponga en sus guirnaldas,  
te dé licencia de besar su mano.

**E**stas purpúreas rosas que a la Aurora  
se le cayeron hoy del blanco seno,  
y un vaso de pintadas flores lleno,  
¡oh dulces auras! os ofrezco agora,

si defendéis de mi divina Flora  
con vuestras alas el color moreno,  
del sol, que, ardiente y de piedad ajeno,  
su rostro ofende porque el campo dora.

¡Oh hijas de la tierra peregrinas!  
mirad si tiene Mayo en sus guirnaidas  
más frescas rosas, más bizarras flores.

Llorando les dió el Alba perlas finas;  
el Sol, colores; mi afición, la falda  
de mi hermosa Flora, y ella, olores.

**L**egó Diciembre sobre el cierzo helado  
y de flores el campo vió vestido,  
y la redonda llama del sol vido  
sin luz, y el cielo de otra luz honrado.

Paróse el mes en felpas aforrado  
por mirar el milagro nunca oído,  
cuando a mi Sol de lumbre vió ceñido,  
que el cielo alumbra, que enriquece el prado.

La admiración de maravillas tantas  
obligó al mes, y es caso sin segundo,  
a contemplar la luz del claro rayo.

Mas huyó luego con veloces plantas,  
porque, mudando el natural del mundo,  
se iba ya convirtiendo en mes de Mayo.

**E**l sol a noble furia se provoca  
cuando sin luz lo dejas descontento,  
y, por gozarte, enfrena el movimiento  
el aura, que de gloria se retoca;

tus bellos ojos y tu dulce boca,  
de luz divina y de oloroso aliento,  
envidia el claro sol y adora el viento,  
por lo que el uno ve y el otro toca.

Ojos y boca, que tenéis costumbre  
de darme vida, honraos con más despojos;  
mi ardiente amor vuestra piedad invoca.

Fáltame aliento y fáltame la lumbre:  
¡prestadme vuestra luz, divinos ojos!  
¡beba yo vuestro aliento, dulce boca!

A ANTONIO MOHEDANO

**P**ues son vuestros pinceles, Mohedano,  
ministros del más vivo entendimiento,  
almas que le dan vida al pensamiento  
y lenguas con que habla vuestra mano,

copiad divino un ángel a lo humano  
de aquella que se alegra en mi tormento,  
porque tenga a quien dar del mal que siento  
las quejas que se lleva el aire vano.

Cuando el original me diere enojos  
quejaréme al retrato; que esto medra  
quien trata amor con quien crueldades usa.

Mas temo que quedéis, viendo sus ojos,  
como quien vió a Campestre, o a Medusa:  
enamorado, o convertido en piedra.

## A L E S B I A

**C**on planta incierta y paso peregrino,  
Lesbia, muerta la luz de tus centellas,  
llegaste a la ciudad de las querellas,  
sin dejar ni aun señal de tu camino.

Y el día, primavera y sol divino,  
de tus ojos, tu labio y trenzas bellas,  
dieron al agua, al campo, a las estrellas,  
luz clara, flores bellas, oro fino.

Ya de la edad tocaste tristemente  
la meta, y pinta tu victoria ingrata  
con pálida color el tiempo airado.

Ya obscurece, da al viento, vuelve en plata,  
de los ojos, del labio, de la frente,  
el resplandor, las flores, el brocado.

A LA ASUNCION DE LA  
VIRGEN MARIA

**E**n turquesadas nubes y celajes  
están en los alcázares empirios,  
con blancas hachas y con blancos cirios,  
del sacro Dios los soberanos pajes;

humean de mil suertes y linajes,  
entre amaranto y plateados lirios,  
enciensos indios y pebetes sirios,  
sobre alfombras de lazos y follajes.

Por manto el sol, la luna por chapines,  
llegó la Virgen a la empírea sala,  
visita que esperaba el Cielo tanto.

Echáronse a sus pies los serafines,  
cantáronle los ángeles la gala,  
y sentóla a su lado el Verbo santo.

A LA SANTISIMA VIRGEN

MARIA

**C**omo el triste piloto que por el mar in-  
[cierto  
se ve, con turbios ojos, sujeto de la pena  
sobre las corvas olas, que, vomitando arena,  
lo tienen de la espuma salpicado y cubierto,

cuando, sin esperanza, de espanto medio  
[muerto,  
ve el fuego de Santelmo lucir sobre la antena,  
y, adorando su lumbre, de gozo el alma llena,  
halla su nao cascada surgida en dulce puerto,

así yo el mar sulcaba de penas y de enojos,  
y, con tormenta fiera, ya de las aguas hondas  
medio cubierto estaba, la fuerza y luz perdida,

cuando miré la lumbre ¡oh Virgen! de tus  
[ojos,  
con cuyos resplandores, quietándose las ondas,  
llegué al dichoso puerto donde escapé la vida.

A NUESTRA SEÑORA DE  
MONTEAGUDO

**S**elva, viento, corriente, que jüeces  
os mereció en mi mal el llanto mío;  
verde calle, luz tierna, cristal frío  
que a Febo, a Amor, a Diana, gloria ofreces,

y a mi canto respondes dulces veces;  
ancha selva, aire fresco, claro río,  
de alta sombra, luz nueva, alegre brío,  
de animales, de pájaros y peces;

sin temor que a las lágrimas me vuelva,  
vino mi amor, y en ella mi contento,  
Virgen del Norte, a quien el alma envío.

Las flores tienes de sus labios, selva;  
la luz ganaste de sus ojos, viento,  
el oro debes a su frente, río.

## AL CONOCIMIENTO DE SI PROPIO

**S**u pobre origen olvidó este río,  
y en anchos vados espumoso espanta  
al que armado de robles se levanta  
valiente monte a contrastar su brío.

Pasa con inconstante señorío,  
de sus ondas ufano, y adelanta  
al ancho mar la irrevocable planta,  
en donde ahoga el nombre y pierde el brío.

¡Oh tres y cuatro veces desdichada  
miseria humana, que soberbia puedes  
disimularte en sombra lisonjera!

Hombre, hijo de la tierra y de la nada,  
¿cómo, yendo a la muerte, te concedes  
olvido vil de tu nación primera?

## AL INFIERNO

**A**llí, negra región de la venganza,  
en hondos lagos de metal ardiente,  
suenan la ira de Dios eternamente,  
a quien no ha visto el rostro la esperanza.

¡Oh el mayor mal! ¡Oh pena sin mudanza!  
¡Oh eternidad del fuego y de la gente!  
Mi memoria a tu daño esté presente,  
si tanto bien un olvidado alcanza.

Muchos llamados, pocos escogidos  
son, porque es más el número de locos:  
testigo es esta cárcel vengadora.

¡A recoger cuidados y sentidos;  
que si como los muchos vivo ahora,  
no iré después adonde van los pocos!

---

---

FABULA DE GENIL

---

---



**T**ambién entre las ondas fuego enciendes,  
Amor, como en la esfera de tu fuego,  
y a los dioses de escarcha también  
[prendes

como a Vulcano, con lascivo juego;  
del sacro Olimpo a Júpiter deciendes  
y a Febo dejas sin su lumbre, ciego,  
y a Marte pones, con infame prueba,  
que de tu madre las palabras beba.

El claro dios Genil sintió tus lazos;  
que a la náyade Cínaris adora:  
ella le hace el corazón pedazos,  
y él crece con las lágrimas que llora.  
Corta las aguas con los blancos brazos  
la Ninfa, que con otras ninfas mora  
debajo de las aguas cristalinas,  
en aposentos de esmeraldas finas.

El despreciado dios su dulce amante  
con las náyades vido estar bordando,

y, por enternecer aquel diamante,  
sobre un pescado azul llegó cantando;  
de una concha una cítara sonante  
con destrísimos dedos va tocando;  
paró el agua a su queja, y, por oílla,  
los sauces se inclinaron a la orilla.

«Vosotras, que miráis mi fuego ardiente,  
seréis (dice) testigos de mi pena  
y del rigor y término inclemente  
de la que está de gracia y desdén llena.  
Neptuno fué mi abuelo, y de una fuente  
que es de una sierra de cristales vena  
soy dios, y con mis ondas fuera a Tetis  
si no atajara mi camino el Betis.

»Vestida está mi margen de espadaña  
y de viciosos apios y mastranto,  
y el agua, clara como el ámbar, baña  
troncos de mirtos y de lauro santo.

No hay en mi margen silbadora caña  
ni adelfa, mas violetas y amaranto,  
de donde llevan flores en las faldas  
para hacer las hénides guirnaldas.

»Hay blancos lirios, verdes mirabeles  
y azules, guarnecidos alhelfes,  
y allí las clavellinas y claveles  
parecen sementera de rubíes;  
hay ricas alcatifas y alquiceles,  
rojos, blancos, gualdados y turquíes,  
y derraman las aguas con su aliento  
ámbares y azahares por el viento.

»Yo, cuando salgo de mis grutas hondas,  
estoy de frescos palios cobijado,  
y entre nácares crespos de redondas  
perlas mi margen veo estar honrado.  
El sol no tibia mis cerúleas ondas,  
ni las enturbia el balador ganado;  
ni a las napeas que en mi orilla cantan  
los pintados lagartos las espantan.

»Allí del olmo abrazan ramo y cepa  
con pámpanos harpados los sarmientos;  
falta lugar por donde el rayo quepa  
del sol, y soplan los delgados vientos;  
por flegibles tarahes sube y trepa  
la inexplicable yedra, y los contentos  
ruiseñores trinando, allí no hay selva  
que en mi alabanza a responder no vuelva.

»Mas, ¿qué aprovecha, oh lumbre de mis  
[ojos,  
que conozcas mis padres y riqueza,  
si, despreciando todos mis despojos  
te contentas con sola tu belleza?»  
Dijo, y la Ninfa de matices rojos  
cubrió el marfil, y, vuelta la cabeza  
con desdén, da a entender que el Dios la enoja,  
y arroja el bastidor y el oro arroja.

34           Quedó elevado, así como se encanta  
el que escuchó la voz de la sirena;

helósele la voz en la garganta,  
como cercado de engañosa hiena:  
no tanto a virgen temerosa espanta  
serpiente negra que pisó en la arena,  
ni al yerto labrador en noche triste  
rayo veloz que de temor le embiste.

En sí volvió del ya pasado espanto  
cuando quiso el contrario del contento,  
y halló que las aguas de su llanto  
le llevaban nadando el instrumento.  
La libertada cólera, entretanto,  
le obligó a que dijese, y el tormento:  
«¡Oh tú, hija de montes y de fieras,  
por fuerza has de quererme, aunque no quieras!»

Dijo así y, cudicioso del trofeo,  
al alcázar del viejo Betis parte,  
cuyo artificio atrás dejó el deseo;  
que a la materia sobrepuja el arte.

No da tributo Betis a Nereo,  
mas, como amigo, sus riquezas parte  
con él; que es rey de ríos, y los reyes  
no dan tributo, sino ponen leyes.

Ve que son plata lisa los umbrales;  
claros diamantes las lucentes puertas,  
ricas de clavazones de corales  
y de pequeños nácares cubiertas;  
ve que rayos de luces inmortales  
dan, y que están de par en par abiertas,  
y los quiciales, de oro muy rollizo,  
que muestran el poder de quien los hizo.

Colunas más hermosas que valientes  
sustentan el gran techo cristalino;  
las paredes son piedras transparentes,  
cuyo valor del Occidente vino;  
brotan por los cimientos claras fuentes,  
y con pie blando, en líquido camino,  
corren cubriendo con sus claras linfas  
las carnes blancas de las bellas ninfas.

De suelos pardos, de mohosos techos,  
hay dozientas hondísimas alcobas,  
y de menudos juncos verdes lechos,  
y encima, colchas de pintadas tobas.  
Maldicientes arroyos por estrechos  
pasos murmuran, entre juncia y ovas,  
donde a los dioses el profundo sueño  
cubre de adormideras y beleño.

Vido entrando Genil un virgen coro  
de bellas ninfas de desnudos pechos,  
sobre cristal cerniendo granos de oro  
con verdes cribos de esmeralda hechos;  
vido, ricos de lustre y de tesoro,  
follajes de carámbano en los techos,  
que estaban por las puntas adornados  
de racimos de aljófares helados.

Un rico asiento de diamante frío  
sobre gradas de nácar se sustenta,  
donde preñadas perlas de rocío  
al alcázar dan luz, al sol afrenta.

El venerable viejo dios del río  
aquí con santa majestad se asienta,  
reclinado en dos urnas relucientes  
que son los caños de abundantes fuentes.

Ya que huyó la admiración del fuego  
que abrasaba al amante despreciado,  
su queja al padre Betis cuenta luego,  
no sé si más lloroso que turbado;  
dió luz a su justicia, estando ciego  
de lágrimas que amor había brotado,  
y no hubo menester el dios amigo  
ni más información ni más testigo.

«No será tu afición con desdén rota  
(le dice Betis); que también tu orilla  
mereció a Febo, como el sacro Eurota,  
por quien desprecia Júpiter su silla.  
Granada de tus templos es devota,  
si hecatombe a mis templos da Sevilla,  
y por ti gozo ilustres vasallajes  
desde el Hidaspes dulce al negro Arajes.»

En Colcos, junto a un ancho promontorio,  
hay unas gotas de alabastro fino,  
donde nació, entre arenas de abalorio,  
un tritón que a servir a Betis vino;  
a éste manda llamar a consistorio  
a todos los del reino cristalino,  
los cuales, al sagrado mandamiento,  
vienen, venciendo por el agua el viento.

Ricas garnachas de riqueza suma  
unos visten de tiernas esmeraldas;  
otros, como a la garza fácil pluma,  
cubren de escamas de oro las espaldas;  
con ropas blancas de cuajada espuma  
otros vienen, ceñidos con guirnaldas,  
brotando olor los cristalinos cuernos,  
de tiernas flores y de tallos tiernos.

Cuantas viven en fuentes ninfas bellas  
(que burlan los satíricos silvanos,  
que, arrojándose al agua por cogellas,  
el agua aprietan con lascivas manos)

vinieron; y, a una parte las doncellas,  
a otra los mozos y a otra los ancianos,  
se sientan, cual conviene a tales huéspedes,  
en blandas sillas de mojados céspedes.

Ya que corrió el silencio las cortinas,  
dando angosto camino al blando aliento,  
y las vistas suspensas y divinas  
a Betis fueron penetrando el viento,  
y entre los labios de esmeraldas finas  
pararon; él, con grave movimiento,  
sacudió la cabeza sobre el pecho,  
y perlas sudó el suelo y llovió el techo.

«No con el mar de España tengo guerra  
(dice), o saliendo de mi margen corva  
quiero cubrir las faldas de la tierra  
mientras teme dudosa que la sorba;  
ni pardo monte ni cerúlea sierra  
de mi profundidad el paso estorba;  
mas hoy se casa un claro dios divino  
que ha merecido a Betis por padrino.

»Tú, Genil, a quien ciñen mirto y lauro,  
no cañaveras frágiles, tus sienes,  
y, como el Cindo del nevado Tauro,  
montes de plata por principio tienes,  
tú, aquel potente dios a quien el Dauro  
señor te hace de mayores bienes,  
pues que sus ninfas, en liviano coro,  
para darte tributo ciernen oro,

»hoy gozarás de Cínaris los brazos;  
y tú, ninfa, el valor de ser su esposa;  
y, en legítimo fuego y dulces lazos,  
dejaréis a Cidálida envidiosa.»

Dijo, y ella, huyendo los abrazos,  
volvió turbada la cerviz de rosa,  
naciendo, al tierno llanto que comienza,  
rojo color de virginal vergüenza.

No hay dios a quien su llanto no recuerde  
si con la compasión hace su tiro,  
y así, el aljófara que la Ninfa pierde  
costó más de un sollozo y de un suspiro;

y hubo alguno que el crin de sauce verde  
tendió sobre la frente de zafiro;  
mas los arroyos que a la puerta estaban  
del desdén de la Ninfa murmuraban.

Como cuando en solícitos tropeles,  
por mayor majestad de sus castillos  
ricos de olor, vestidos de doseles,  
entre selvajes cercas de tomillos,  
guardando rubias, perezosas mieles  
en urnas de panales amarillos,  
se oyeron las abejas en escuadra,  
así el rumor por la soberbia cuadra.

Lágrimas tibias de tus luces bellas  
llueves en tanto que Genil te imita,  
oh Cínaris, mas todas tus querellas  
Betis mirando, el caso facilita;  
que el melindre que es dado a las doncellas  
piensa que el libre espíritu te quita,  
y así, queriendo un monte hacer llano,  
la mano de Genil puso en tu mano.

Llenos de envidia noble, se levantan  
los dioses del sagrado coliseo,  
y con las lenguas de agua dulce cantan  
alegres: «¡Himeneo! ¡Himeneo!»  
Mas de improviso, sin pensar, se espantan,  
porque la Ninfa, viendo el caso feo,  
y su virginidad así oprimida,  
quedó, llorando, en agua convertida.



---

---

CANCIONES

---

---



## AL BAUSTISMO DE JESÚS

**L**a negra noche, con mojadadas plumas,  
iba volando por la turbia sombra,  
lloviendo sueño encima de la gente,  
cuando, sobre clarísimas espumas,  
de que a sus tiernas plantas hace alfombra,  
leyes daba el Jordán a su corriente;  
y, levantando la escarchada frente,  
dentro en sus aguas bellas,  
las mismas que en el cielo, vido estrellas;  
y apenas se alegró, cuando admirado  
vido bajar del cielo  
relámpagos blandiéndose,  
y luego un ángel, que, de lumbre armado,  
rasga los aires con ligero vuelo  
y desde lejos, sobre el viento helado,  
dice, alegrando el suelo,  
estas palabras de inmortal sonido:

«Tú, Jordán, rey de ríos, escogido  
de Dios para que a Dios le des mañana  
las aguas del bautismo soberano,  
tu margen vestirás de honor florido:  
tus sauces peina, tu corriente allana,  
con diligencias de piadosa mano».  
Dijo, y las plumas por el aire vano  
batió entre fuegos rojos,  
y a los del río seguidores ojos  
lo hurtó el Cielo; y el Jordán, volviendo  
a verse sin espanto,  
llamó a sus blancas náyades,  
y, el mandamiento celestial diciendo,  
ponen las manos al trabajo santo,  
tapetes, perlas, márgenes tendiendo  
de azándar y amaranto,  
hermosas galas de la tierna Flora.

No donde el agua frágil, bullidora  
del mal acogimiento de las piedras,  
murmuraba con labios espumosos,  
mas donde corre muda, vió la Aurora

de fruta y flores, de espadaña y yedras,  
bellos festones, arcos ambiciosos;  
vió de lirios y tallos olorosos  
por los troncos selvajes  
ensortijados lazos y follajes,  
y por la orilla, rica de pintura,  
mil sartas de corales  
y de aljófares líquidos,  
que el Jordán, con gallarda hermosura,  
ensartó en claros hilos de cristales;  
el cual, ya convertido en agua pura,  
andaba con iguales  
plantas quietando el reino cristalino.

Mas ya Jesús y el Precursor divino,  
habiendo por tendido espacio hecho  
a las aguas merced con su presencia,  
deja el Señor la ropa, y el vecino  
Jordán pisa, desnudo el santo pecho,  
a quien hacen las aguas reverencia:  
unas, pues, con devota diligencia  
y paso medio humano

quieren henchir el nácar que en la mano  
tiene el Baptista, y otras, oprimidas  
de las que vienen luego,  
besan con labios húmidos,  
de paso, las reliquias más queridas  
que el Cielo guarda; el cual, lloviendo fuego  
que alumbra y no consume nuestras vidas,  
se abrió dejando ciego  
con otra luz mayor al sol dorado.

Entre fuego, el Espíritu sagrado,  
dando nobleza al valle y a las cumbres,  
calificó la humanidad del Verbo,  
de lo cual fué testigo, si admirado,  
bien que estaba muy lejos, por las lumbres,  
el infernal espíritu protervo.  
Mas, mientras que se admira el ángel siervo,  
en agua, en viento y plantas  
se vieron nuevas maravillas santas:  
en el viento, los ángeles cantando;  
y en las floridas ramas,  
innumerables pájaros

a Dios gloriosas alabanzas dando;  
y en el Jordán, reverberantes llamas,  
donde los mudos peces levantando  
plateadas escamas,  
a Dios le daban alabanzas mudas.

A LA NAVEGACIÓN DE SAN RAIMUNDO  
DESDE MALLORCA A BARCELONA

**T**iran yeguas de nieve  
el carro de cambiante argentería  
sobre que viene el día  
con rubias trenzas, de quien perlas llueve:  
la alcatifa sembrada de diamantes  
se borda y se matiza  
de gónuli, carmín y azul ceniza,  
cuando de sus alcobas,  
cerúleas, espumantes,  
sale Neptuno horrendo,  
quitando de la frente el musgo y ovas,  
alborotado con el sordo estruendo  
que hacen los tritones,  
que en torno van de un manto  
que el agua corta, que sustenta un santo;  
y recostado en el azul tridente,  
con arrugada frente,

mira el barco veloz que va volando,  
sus erizadas ondas despreciando.

De claridades bellas  
vido pintada y rica la canoa;  
que la luna era proa,  
la popa el sol, y lo demás estrellas;  
y, viendo aquesta maravilla santa,  
bebe el delgado viento  
y a un caracol torcido le da aliento;  
y en el profundo estrecho,  
oyendo furia tanta,  
Doris, con miedo helado,  
los azules hijuelos llegó al pecho;  
aparecieron sobre el mar salado  
los escamosos dioses,  
a quien Neptuno pide  
aprieta el carro que las ondas mide;  
encima sube, a los caballos grita  
y a volar los incita,  
hasta que al venerable santo llega,  
y con espumas los tritones ciega.

Parece que el mar bulle  
brocado azul, de plata la entretela,  
por donde el carro vuela,  
que, por más gala, a veces se zabulle;  
de nácares cubiertas las espaldas,  
relumbra el dios que rige  
fieros caballos de color de acije,  
que con las ondas chocan,  
del cual, entre esmeraldas  
y sanguinos corales,  
los cabellos al pecho helado tocan,  
de quien manan clarísimos cristales,  
y sobre el carro verde,  
un caudaloso río  
de las barbas preñadas de rocío;  
y los que deste triunfo allí se admiran  
también del viejo miran  
que las canas, por más ornato, aforra  
de una arrugada concha, en vez de gorra.

Arrojan los delfines

sobre el profundo charco,  
y, destilando de las verdes crines  
aljófar, las nereidas asomaron  
y las dulces sirenas  
sobre pintadas conchas de ballenas;  
Tritón, Forco y Proteo  
delante se mostraron,  
cuando salió rigiendo  
un caballo marino el dios Nereo,  
que con hendido pie va el mar hendiendo.  
La escuadra de las ninfas  
ligera en torno zarpa,  
midiendo acentos en discante y harpa;  
y tú, Raimundo, sobre el pobre manto,  
miras la fiesta, en tanto,  
que hace a tu santísima persona  
el turquesado mar de Barcelona.

Con ligera pujanza  
el Rey te sigue y con hinchadas velas,  
en tanto que tú vuelas,  
venciendo tu barquillo su esperanza;

tórnase cana espuma el mar cerúleo;  
los remeros que bogan  
del movimiento del batir se ahogan;  
abriendo cuevas hondas,  
con movimiento hercúleo,  
herrados espolones  
rompen las crespas y sonantes ondas;  
tiemblan con los furiosos empeñones  
las galeras de abeto;  
los forzados, remando,  
arroyos de sudor iban sudando,  
y el Rey entiende que un lugar no pasa;  
en cólera se abrasa,  
y arrebatado de un dolor interno,  
vierte el coraje por el rostro tierno.

Mas tú, tomando tierra,  
y religiosa admiración la orilla,  
sacudes la barquilla  
que te libró de la tormenta y guerra,  
y así la cuelgas en sagrado templo  
como cuando, devoto,

la tabla al templo consagró el piloto.  
Los hombres que miraron  
el caso sin ejemplo,  
siguiéndote infinitos,  
en confusos tropeles te cercaron,  
hiriendo las estrellas con los gritos;  
mas tú, ¡oh padre Raimundo!  
del tropel te adelantas  
con rostro humilde y sosegadas plantas,  
y, en tu celda encerrado,  
del Rey lloras y gimes el pecado;  
el cual, tomando puerto apriesa apriesa,  
se arrepiente, te busca, y se confiesa.

Canción, que, navegando,  
vas tras de san Raimundo,  
con el favor de don Andrés de Córdoba,  
no al ábrego bramando  
ni al piélagos profundo  
temas: porque la virgen Panopea  
te ha prometido cierto,  
buen tiempo, mar tranquilo, dulce puerto.



---

---

PSALMOS

---

---



## I

**P**regona el firmamento  
las obras de tus manos,  
y en mí escribiste un libro de tu ciencia;  
tierra, mar, fuego, viento  
publican tu potencia  
y todo cuanto veo  
me dice que te ame  
y que en tu amor me inflame;  
mas mayor que mi amor es mi deseo.  
Mejor que yo, Dios mío, lo conoces;  
sordo estoy a las voces  
que me dan tus sagradas maravillas  
llamándome, Señor, a tus amores:  
¿Quién te enseñó, mi Dios, a hacer flores  
y en una hoja de entretalles llena  
bordar lazos con cuatro o seis labores?  
¿Quién te enseñó el perfil de la azucena,  
o quién la rosa coronada de oro,  
reina de los olores,

y el hermoso decoro  
que guardan los claveles,  
reyes de los colores,  
sobre el botón tendiendo su belleza?  
¿De qué son tus pinceles,  
que pintan con tan diestra sutileza  
las venas de los lirios?  
La luna y (el) sol, sin resplandor segundo,  
ojos del cielo, lámparas del mundo,  
¿de dónde los sacaste  
y los que el cielo adornan por engaste  
albos diamantes trémulos?  
¿Y el que buscando el centro tiene fuego,  
claro desasosiego?  
¿Y el agua, que, con paso medio humano,  
busca a los hombres, murmurando en vano  
que l'alma se le iguale en floja y fría?  
¿Y el que, animoso, al mar lo vuelve cano,  
no por la edad, por pleitos y porfía,  
viento hinchado que tormentas cría?  
Y, ¿sobre qué pusiste

la inmensa madre tierra,  
que abraza montes, que provincias viste,  
que los mares encierra  
y con armas de arena los resiste?  
Oh altísimo Señor que me hiciste,  
no pasaré adelante:  
tu poder mismo tus hazañas cante,  
que, si bien las mirara,  
sabiamente debiera de estar loco,  
atónito y pasmado desto poco.  
Ay, tu olor me recrea,  
sáname tu memoria,  
mas no me hartaré hasta que vea,  
oh Señor, tu presencia, que es mi gloria.  
¿En donde estás, en dónde estás, mi vida?  
¿Donde te hallaré? ¿Dónde te escondes?  
Ven, Señor, que mi alma  
de amor está perdida,  
y Tú no le respondes;  
desfallece de amor y dice a gritos:

«¿Dónde le hallaré, que no le veo,  
a Aquel, a Aquel hermoso que deseo?»  
Oigo tu voz y cobro nuevo aliento;  
mas como no te hallo,  
derramo mis querellas por el viento.  
¡Oh amor! ¡Oh Jesús mío!  
¡Oh vida mía! recibid mi alma,  
que herida de amores os la envío,  
envuelta en su querella.  
¡Allá, Señor, os avénid con ella!

I I

Levanta entre gemidos, alma mía,  
el grito afectuoso,  
pidiendo amor, pues Dios te lo ha mandado,  
oh mi esperanza, oh gloria, oh mi alegría,  
oh mi Esposo gentil, oh dulce Esposo,  
querido mío, amante regalado,  
más florido que el prado.

Ven, ven, no tardes; ven, sabroso fuego;  
no tardes: luego luego  
tu rayo me deshaga;  
sienta mi corazón la honda llaga  
de tu saeta ardiente.  
El generoso vino, alegremente,  
de tu botillería  
robó mis ojos de la luz del día;  
robóme los sentidos  
y, con gloriosa libertad perdidos,  
ni yo me hallé en mí, ni en mí está l'alma,  
que agora pide fuego.  
¿Cuándo me veré ciego,  
que tú veas con mis ojos?  
¿Cuándo, fuera de Ti serán abrojos  
los jazmines de Mayo?  
Rómpeme el pecho con ardiente rayo;  
anégame y escóndeme en tus llamas;  
hazme, Señor, contigo un mismo espíritu.  
Amado, amado mío,  
en Ti, Señor confío.

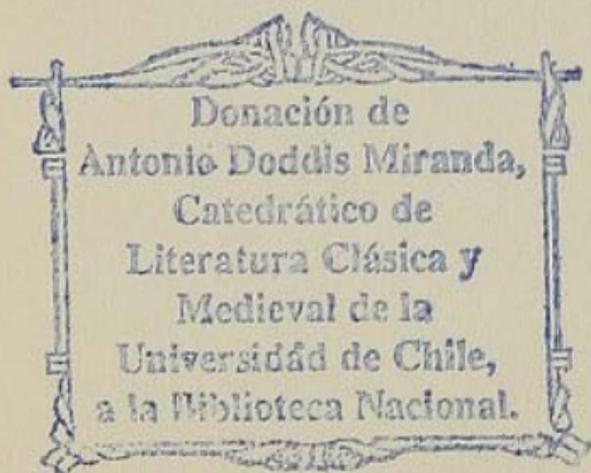
¿Por qué, si el cielo abrasas y la tierra,  
fuego bravo y süave,  
dejas mi corazón helado y frío,  
y, hinchendo las tierras y los cielos,  
estoy de Ti vacío?  
Tú, que los campos vistes  
de ingeniosas libreas,  
de azules violas y dorados lirios,  
tú que en amor los pájaros recreas  
y a las chicas hormigas  
concedes el honor de las espigas,  
¿por qué de mí te olvidas, pues me olvido  
por Ti; pues por hallarte, voy perdido?  
Ven; no por mí, por tu piedad te llamo;  
que, como ausente tórtola  
en seco, estéril ramo,  
con mi llanto grajeo y solícito  
la dulce vista del esposo ausente,  
o cual herido ciervo que a la fuente  
corre y desea en el calor estivo  
las vivas aguas con aliento vivo,

así mi alma, con afecto ardiente,  
desea de hallarte.

Tarde he venido a amarte:

tarde te conocí, tarde he llegado,  
¡triste del tiempo triste que he tardado,  
mi Dios, sin conocerte, pues estabas  
dentro de mí, y de fuera andaba herrado,  
buscándote en las cosas!

Mas ninguna a pedirte me acobarde  
que no me dejes, aunque vengo tarde.





---

---

SOLEDADES

---

---



SOLEDAD DE PEDRO DE JESUS,  
PRESBITERO

**¡Q**uién te diera volar con plumas de oro,  
que David deseó, que batió Arsenio,  
a estas mis soledades, Heliodoro,  
Cristo en Sión, no Venus en Partenio!  
La capa a Putifar, la sombra al toro,  
deja y huye en talares de Silenio  
la ostentación, el oro y las mujeres,  
pues tanto vencerás cuanto huyeres.

¿Qué Circe en forma vil tu pie divierte,  
yendo a la muerte cierta y mal sabida?  
Al sepulcro las lágrimas convierte,  
pues cuanto vives pierdes de la vida.  
Nueve meses comido había la muerte,  
cuando naciste, de tu edad florida,  
y menos vivirás cuando más vives,  
dando en manos de médicos caribes.

Yo aquí, a la orilla, Heliodoro hermano,  
pues padeció naufragio mi navío,  
sirvo de señalarte con la mano  
la sirte, en tu escarmiento y daño mío.  
Del padre de los monstruos, Oceano,  
ya rápido, ya atado en yelo frío,  
viejo avaro, ligero te remontes,  
ya en una religión, o ya en los montes.

Encrespe el mercadante en corvo pino  
las tablas de cristal en mar extraña,  
y, abriendo senda donde no hay camino,  
ultraje las espumas de su saña;  
despliegue en puertos de la Aurora el lino,  
o donde el sol sus trenzas de oro baña,  
el Austro beba, o brisas de Calisto,  
no quiero más que soledad y Cristo.

¿Que es esto, Cristo mío? ¿Yo en regalo,  
Vos, anegado en un turbión de enojos,  
cosido con tres garfios en un palo,

yo buscando lisonjas a mis ojos,  
yo en opinión de bueno, Vos de malo,  
yo corona de rosas, Vos de abrojos...?  
Mis pasos recordad: de culpa salga;  
camino os siga; vuestra Cruz me valga.

Convierte ya la vista cudiciosa  
en tiernas tibias lágrimas deshecho,  
a esta tabla de flores, pues hermosa  
a las pías de Juno ha contrahecho:  
mira marchita la cerviz de rosa  
y, entre claveles, blanqueando el pecho  
de un mancebo que yace al aire frío,  
bellísimo a mis ojos, ¡Cristo mío!

Mira cárdeno lirio el rostro santo,  
y el tirio carmesí del lado abierto;  
¿Grita el león, y el hijo duerme tanto...?  
Plega el lino al abrigo deste puerto:  
ven, llora aquí tus culpas con su llanto,  
y al que mataste vivo, abraza muerto,

tal, que estos montes te parezcan rojos,  
como quien, viendo al sol, lloran los ojos.

Profese Italia palmas de Vitrubio,  
Francia telares, y el Persiano pompa,  
rompa yelos del mar el Anglio rubio,  
y España a Potosí las venas rompa;  
vuelque sobras de mesas el Danubio;  
que, cuando aliento el Angel dé a la trompa,  
los que han sembrado cogerán; y advierte  
no ames cosa que dejes con la muerte.

Ven y verás por estos valles frescos  
ensortijados lazos y follajes  
y, brillando, floridos arabescos  
prender espigas, trasflorar celajes;  
estofados subientes de grutescos  
arbolando cogollos y plumajes;  
prósperos tallos de elegantes vides  
trepando en ondas el bastón de Alcides.

Cuando en carro de rosas venga el día.  
aquí cantando himnos te levantas  
y a los aires trasladas tu armonía,  
trebejas con el arpa y psalmos cantas,  
(¡Oh dulce solitaria compañía  
de Cristo! ¡Oh fértil riego de sus plantas!),  
con ojos más mojados que traviosos,  
cogiendo gracias mientras siembras besos.

Será el flojel la felpa de la grama,  
a los arrullos de la fuente fría,  
y el pabellón y sargas de la cama,  
festones de cambiante argentería.  
Del sol no temas la redonda llama;  
que en dulce sueño, aunque le pese al día,  
te guardará el laurel que no recuerdes,  
poniendo meta al sol con lindes verdes.

En desiguales cuadras de una gruta  
do el culantrillo y musgo en barbas medra,

de aradas conchas y de tela bruta  
viste rico gabán de tosca piedra.  
Aquí te irás a una alcobilla enjuta  
que el pavimento es jaspe, el tapiz yedra,  
no respirante venenoso tuho  
aunque en sus arcabucos mora el buho.

    Cuando tu huerto, ya sin sol, regares,  
brindándole a las eras la bebida,  
el gusto cebarás en los manjares  
y rendirás la hambre a la comida.  
Mil pasos entre calles de azahares  
al rosario darás por despedida,  
y sembrarás jaculatorias santas,  
más regados tus ojos que las plantas.

    Con pie curioso, por los verdes valles,  
construyendo períodos de parras,  
el guarnecido arroyo de entretalles  
verás, en trenzas de cristal, bizarras  
varas trepando inexplicables calles

volcar su arena lo que el indio en barras,  
y seguirás la margen de sus yerros,  
ciñiendo en breve anillo muchos berros.

No falta aquí contra el azul zelidro  
la bazahar, dos veces extranjera,  
ni la aserrada pempinela y cidro,  
betónica montés, vulgar cidrera.  
En corcho sí, no en veneciano vidro,  
conserva esconderás de escorzonera,  
y el dítamo pisado y la carlina  
búrlate de Cerasta peregrina.

No por la cuesta repitiendo huellas,  
mas pisando eliocrisos por tapete,  
sube a una roca que presume estrellas,  
desta sierra turqués azul copete.  
Concédanse a tus ojos selvas bellas;  
rompe en abeto el mar sin pagar flete,  
y siendo superior de cosas grandes,  
habrás visto pintado vivo a Flandes.

Ambar gurtando de tu huerto al viento,  
con el peso las ramas humillando,  
nectáreo honor disfrutarás contento,  
los riegos en almíbares cobrando.  
Luego reducirás al pensamiento  
lo que disfrutó Adán, Cristo ayunando,  
o si te agrada más, un Niño en fajas,  
fruta del nuevo Adán, madura en pajas.

Cuando el líquido pie prendiendo al río,  
de carámbano se armen los Triones,  
los tueros que enviaste en el estío  
ayudarás con soplos y tizones;  
extranjero del mundo, y más del frío,  
pagarás las que debes devociones,  
a ti contento, mariposa al ceño,  
al cuerpo leche y a los ojos sueño.

Y cuando ya la noche envuelve en sombra  
las cosas, siembra estrellas, llueve espanto,  
y en alto horror aun el silencio asombra,

que la corneja ofende con su canto,  
libre del sueño que el beleño escombra,  
a cantar mis maitines me levanto,  
y luego, de la Virgen, mi esperanza,  
tal concierto en mi lira su alabanza:

«Virgen hermosa que, del sol vestida,  
privilegiáis de lumbre a las estrellas,  
de flores al Abril, de honor las flores,  
y siendo de los ruegos conocida,  
a limitar presides las querellas  
y a terminar con gozo los dolores;  
propicia a los clamores  
acomoda el oído a tu alabanza,  
mientras los serafines que al pie tienes,  
colmadas de oro las nevadas sienes,  
gozan tu gloria, que su vista alcanza,  
y, armados de jazmines,  
honor de los jardines,  
calan yelmos de rosas, enristran lauras,  
embrazan resplandor, anhelan auras,

combaten dulcemente  
bien fijados agravios,  
y, en premio, ven, al rayo de tu frente,  
derramada la risa por tus labios.

»Antes que como sarga de giraspes,  
Dios desplecase el cielo en los coluros  
y la invisible pluma atase al viento,  
y antes que el suelo en remendados jaspes  
tendiese, y antes que severos muros  
diese de arena floja al mar violento  
(sin dejar su aposento  
el cristal fugitivo de la fuente),  
y el monte ufano en verde pesadumbre  
estorbase a la luna con su cumbre,  
y aun, en sombra inorante, las liciones  
del sol, llamas hermosas,  
descansaban ociosas,  
cuando eras preservada y elegida,  
¡oh en las corrientes árbol de la vida!  
¡oh autora del consuelo,

a quien siguen las almas,  
pisando ahora estrellas en el cielo,  
blandiendo lauros y arbolando palmas!

»A ti vuelan con plumas de esperanzas,  
en los peligros, los primeros votos,  
y en las fatigas, los primeros llantos,  
y el gozo, con primeras alabanzas,  
con tiernos ojos y con pies devotos,  
paga promesas a tus templos santos;  
y forasteros cantos  
de extranjero país de lengua extraña  
retruenan por sus bóvedas y hueco,  
multiplicando tu alabanza el eco,  
voz que, muda, parleramente engaña,  
y el marinero cuenta  
allí que en la tormenta  
su nao salvaste y que aserró sin riesgo  
la pacífica tabla del mar sesgo;  
y el cautivo, oprimido  
de enemigas fortunas,

vela su libertad y, agradecido,  
sus cadenas cautiva en tus colunas.

»Dones admites, granjear te dejas,  
con pomas indias, con pebetes sirios,  
si forasteros, mucho más piadosos,  
y así inoran las flores las abejas,  
y ya, en festones de aligustres lirios,  
tu templo sufre pesos olorosos;  
trofeos victoriosos  
cubren si es de orden dórica o corintia,  
tal, que al que lo visita peregrino  
ponen meta al deseo y al camino;  
en pendones sin fe, menguante a Cintia  
ve, y en mortajas frías  
revocados los días,  
colgadas en ultraje de la muerte,  
y en tristes ve en dichosa suerte (*sic*)  
pintados por despojos;  
y como halla tanto,  
la cudicia apacienta de los ojos;  
mas lo que goza el alma paga en llanto.

»Cuando Marte, de acero y muerte armado,  
en tibia sangre ahoga el polvo oscuro,  
la que el temor al corazón retira,  
suena tu nombre y, en sudor bañado,  
vuelve a sonar en labio bien seguro,  
aunque en ardientes auras lo respira.  
Cual de Arión la lira,  
fabrica muros mientras más te nombra;  
plomo, pólvora y fuego defendiendo,  
rayo, trueno y relámpago estrupendo  
cubren el sol y destos haces sombra,  
de flores, no de llama,  
Virgen, al que te ama;  
y cuando va a agotar el que le ciega  
sudor humoso y a la fuente llega,  
ya la corona halla  
que tejiste en la gloria,  
cuyo laurel da linde a la batalla  
y desnuda a las armas su victoria,

»Concédele consuelo a mis enojos,  
dale serenidad a mis suspiros,  
ceda tu majestad a mi porfía,  
Tú que llenos de Dios los claros ojos,  
que limitan el precio a los zafiros,  
bebes con ellos del eterno día;  
Virgen, Virgen MARIA,  
que eres madre de Gracia ahora sienta:  
redime con audiencia mis querellas,  
¡Oh fuentes de la luz de las estrellas,  
de la que calzas luna ilustre afrenta!  
Escombra mis lamentos,  
con que ofendo los vientos;  
cámbialos, Virgen pura, en tu alabanza;  
no inore tus piedades mi esperanza;  
que si vencer te dejas,  
aumentas tus devotos,  
pues mientras siempre estás oyendo quejas,  
siempre está la piedad pagando votos.

»Canción, pues en tu cuna  
la cumbre desta sierra  
que tronar ve inferiores a las nubes,  
do tropiezan los bueyes de la Luna,  
no bajas a la tierra;  
que si adelante subes,  
quizá merecerá por tus despojos  
tu solitario nido de sus ojos».

Pagado este paréntesis de sueño  
en lecho a que el armiño no se atreve,  
en lanífera piel, no ecuóreo leño,  
ondosos sueños sulco en urca breve;  
dormido Palinuro; Argos pequeño,  
navego el alba de rosada nieve,  
hasta que con sus lirios me levanto,  
a despertar las aves con mi canto.

Abeja hiblia, en vagos desvaríos,  
mordaz tomillo, azules romerales  
cala, primero que a la Aurora el río  
lave el pie azafranado en sus cristales;

tal de las tirias rosas el rocío  
de Cristo, dulce humor de mis panales,  
solicito, y le ofrece mi porfía  
cuanto pulsare y respirare el día.

Sudor despeña de la alpina frente  
un risco viejo que en zafir desata,  
capítulo del curso de una fuente  
que antes de comenzar se desbarata;  
y antes que del rigor vía corriente (*sic*)  
aquí, entre polvos líquidos de plata,  
la calma que llovió el noturno mostro  
con las cóncavas palmas robo al rostro.

Restituyendo el agua al paño enjuto,  
que otra vez, puede, viejo, ser hilado,  
*Jam lucis orto sidere* en tributo  
pago, en silla de tréboles sentado;  
y habiendo en nuevo sol el nuevo fruto  
de mis labios a Cristo presentado,  
antes de celebrar, mi vago acento  
tal vuela espumas y navega el viento:

## P S A L M O

Deste sidonio acanto  
y estas del prado estrellas  
coronaré las aras de mi amado,  
y en sedas de amaranto,  
cantuesos y mastranto,  
haré cortinas bellas  
que a cuanto Mayo brota den cuidado.  
Tú, autoridad del prado,  
tú, suma de claveles,  
merecerás las rosas del costado;  
vos, narcisos noveles,  
limitadores de la nieve en ampo,  
iréis de un campo verde a un rojo campo,  
tejiendo en esmeralda  
espléndida guirnalda  
al brocado cabello de mi Cristo,  
trocando la de espinas,  
que brota clavellinas  
al jardín de su rostro, tinto en gualda.

Mas ¡ay, si mis amores  
os respirara, flores!  
Pues esta selva verde,  
annal de varia historia,  
del Diciembre vitoria,  
recuerdos son que de su amor me acuerde;  
carta abierta amatoria,  
¡oh Dios de mis entrañas!  
presa de mi memoria.

Por tu amor me ejecutan las montañas:  
dísteme a mí y a Ti por tantas cosas;  
sólo mi amor me pides,  
y el amor no se paga sólo en rosas.  
Por el amor, no por las obras mides,  
¡oh vida de mi alma!  
que tanto mi amor quieres,  
que porque te ame mueres:  
honre la palma de tu amor mi palma,  
pues dentro en mí te has puesto,  
porque te ame, conmigo,  
y perdonas de presto,

mi Cristo, al enemigo,  
porque no tarde ya en amarte amigo.

No cesas de hacer bienes,  
por no cesar de recibir amores,  
pues a los pecadores  
ruegas con el perdón, por ser amado.  
Pues de noche y de día,  
¿qué tiene que hacer el alma mía,  
sino en amarte más, y más amarte,  
y, ayudando a la gracia con el arte,  
como Pirodas (?), inventar centellas  
del pedernal que es cárcel de piropos,  
y miel la abeja de las flores bellas?

Cuantos cierzo por cerros hile copos  
y en las dehesas de zafir brillantes  
viere trémulos prados de diamantes,  
tantos amores te daré sin cuento,  
si en polvaredas de agua, oscuro el viento,  
viere olibias (*sic*) de aristas ondeantes.

Te daré, amado Dios, tantos amores  
cuantas hay allí frutas y aquí flores;  
allí priesa de arena, aquí de hojas,  
de euros allí, y aquí de ruiseñores.

SOLEDAD DEL GRAN DUQUE DE  
MEDINA SIDONIA

HORTENSIO, *retirado*, a HELIODORO, *cortesano*.

**S**i adonde no entra el cierzo entra la pena,  
haya guardas, tapices o tesoro,  
si no lima ni afloja la cadena  
escupir sangre en alcatifa de oro,  
si el movimiento a descansar se ordena,  
deja ya de sudar por cada poro,  
pues la aurora y la tarde, en un momento,  
mece la cuna y sella el monumento.

Por más que andes en círculo la rueda,  
no hallarás dónde parar posada;  
la muerte ya ha llegado; no está queda,  
pues tiene en su poder tu edad pasada.  
No sólo es poco ahora lo que queda,  
sino que es lo peor de la jornada:  
pues ¿para cuándo labras tu ventura,  
si el vivir es cavar la sepultura?

Ricos naturaleza a todos cría,  
mas la opinión a todos empobrece;  
de ti eres lo mejor; ten compañía  
contigo y a ti mismo te merece.  
Sin que salgas de ti, ten alegría;  
vive a lo natural, que aquí se ofrece;  
huye el peligro, y poco le concedo  
si la virtud no hace lo que el miedo.

¿Qué importa que sea parda la escarlata,  
pues no es de menos ánimos bizarro  
usar del barro cual si fuese plata  
que usar de plata cual si fuese barro?  
No el oro, sino Baco, la sed mata;  
¿para qué es Ganimedes cuando hay tarro,  
o cuando un brindis y otro fuente fría,  
hecha vidro, y bebida, y sed, porfía?

Si muerte desocupa al ocupado,  
sacude el yugo; libertades canta;  
deja la capa en manos del cuidado,  
dos talaes engiere en cada planta.

Hágate el escarmiento recatado;  
ven do el hombre a sí mismo se adelanta,  
y la cadena de impiedad y pompa  
si no se puede desatar, se rompa.

El bien que tarda, es tan pequeña vida,  
¿para cuándo ha de ser, pues se anonada  
en tan menudas partes repartida,  
y por larga no es bienaventurada?  
Temor de una hora incierta, o no venida,  
basta a hacerla toda desdichada.  
Ven a vivir; mas júntate primero,  
y así, por premio de mi amor, te espero.

Tantos peligros como cosas huellas,  
si en Soledad te escondes ignorada;  
su daño falta cuando faltan ellas;  
que el que te ignora no te ofende en nada.  
No se va por lo llano a las estrellas;  
sentir has de dejar lo que te agrada:  
mas quien se gana nada pierde, amigo;  
todos tus bienes te trairás contigo.

Contenta tu deseo con escasa  
suerte, que luto y púrpuras ignora;  
admiren más al dueño que a tu casa:  
no el gran menaje, o la opinión, mejora.  
A la imaginación los pasos tasa;  
cerca de ti, con tu esperanza, mora,  
sin que el discurso sierre con tu riesgo  
la pacífica tabla del mar sesgo.

¿Para qué es casa grande al que reside  
en una parte? ¿Para qué ser dueño  
de todo el orbe el que su sombra mide  
y se halla ser hombre muy pequeño?  
Pues, ¿qué, si en varias cosas se divide,  
les da su mesa y les reparte el sueño?  
¡Oh mortal, a deseos condenado!  
Menos lleno estarás que embarazado.

Espera en todas partes a la muerte,  
pues en todas te espera: no en caribes  
sólo está, o en veneno; mas advierte  
que está en todos los gustos que recibes.

Hasta en tu propia vida se convierte,  
pues menos vivirás cuanto más vives:  
¡fiero ladrón! pues antes que nacieses,  
te había ya robado nueve meses.

Cuando la multitud de tropel cierra,  
no cae uno sin otro en paso estrecho;  
jamás para sí solo nadie yerra,  
como ni es para muchos un provecho.  
Goza esta paz por fruto de esa guerra,  
que en ser, y no en hacer, esta el buen hecho,  
y en tal fragilidad y aprietos tales,  
no es poco bien guardarte de los males.

El sabio sufre el daño, aunque lo siente,  
y está solo, aunque quiere compañía;  
y aunque no ruga en el dolor la frente,  
mejor sin el dolor se hallaría:  
ama, sociable, el trato de la gente;  
mas si de estar consigo lo desvía,  
habitador de sí, huye constante  
del vulgo, por no ser su semejante.

Memoria aflige con el bien pasado;  
la providencia, con lo venidero;  
nadie en sólo el presente es desdichado;  
no hay rico a quien no falta algún dinero.  
¿Buscas un bien seguido, no alcanzado,  
no de planta, de vuelo muy ligero?  
La senda erraste: así, del fin divino  
más te alejas, andando más camino.

Sujétase a fortuna el que desea  
algo fuera de sí, y es desdichado,  
aunque más oro que Átalo posea,  
si no puede vivir solo y pagado.  
¿Qué importa que el estado grande sea,  
al que no le parece que es mediado?  
Luego tú eres de ti males o bienes;  
que ajenos son cuantos en ti no tienes.

Son los gobiernos honras funerales;  
el que gobierna, esclavo bien vestido;  
el oro, cofre de hermosos males,  
y la pompa, remiendo guarnecido;

los señores son pobres principales;  
el imperio, tormento pretendido:  
escoge, pues, si es tu vivir molesto,  
con cuál veneno acabarás más presto.

Dase el gobierno a ferias de privanzas;  
gusanos en su vida compran seda;  
posiciones se dan por esperanzas,  
y fortuna alquilada en coches rueda.  
El peso desiguala las balanzas;  
todo es venal y puja de almoneda...  
¿Todo? No dije bien, pues te confieso  
que no se vende ni se compra el seso.

Como en el cazador el tigre fiero,  
halla la mosca lazos en la araña;  
también el grande ofende al lisonjero,  
si desprecio al plebeyo humilde daña.  
Al señor (no lo dije) a su dinero,  
banda de interesados acompaña;  
su sombra al pobre, y a los dos, cuidados,  
unos sencillos y otros recamados.

De cualquier temerario o sin juicio  
tu vida está en su mano, y de un perjurio  
tu honor, y un oficial de vil oficio  
puede hacer cuanto temes, sin conjuro.  
Fiar de todos es honesto vicio;  
de ninguno fiar, vicio seguro;  
peligro y vicio abrazan ambos modos:  
fiar de todos y dudar de todos.

Tal hay que anhela el oro forastero,  
prófugo en desterrados horizontes,  
encorvado a la tierra con acero,  
humeando sudor, desnudo Brontes.  
Para premiar deseos de heredero,  
turba la paz al seno de los montes,  
en hondos arrabales del Averno,  
más que del sol, vecinos del Infierno.

Tal ambicioso, en cortejante empleo,  
a un deidad humana (útil esclavo)  
a hurto sacrifica con rodeo,  
ayudando a la rueda con un clavo;

mas al granar los frutos del deseo,  
hondo y grave, le habla como pavo;  
que escrúpulos se abrigan en las martas,  
piadosas en cocar cuando están hartas.

Otro claro señor (¡si está al trasfloro!)  
como compró el gobierno y señorío,  
siega de la ciudad las mieses de oro,  
hecho hoz en los propios su albedrío.  
Hace invisible el público tesoro;  
sobre este jaspe frigio, grueso y frío,  
descansa la ciudad su peso grave.  
¡Mal piloto, pirata de tu nave!

Campo heredado, fértil si pequeño,  
rinde a mi propia industria fruto y palma,  
y olvido el oro, que le roba al dueño  
sueño a los ojos y sosiego al alma.  
Sosiego al alma y a los ojos sueño  
en ámbar granjeo en esta calma,  
y las napeas, porque no recuerde,  
tejen lindes al sol de estorbo verde.

A olvidos apacibles me provoco;  
y, dando el púleo a pensamientos presos,  
ofendo mucho Abril en lecho poco  
y depongo el gobierno en los cantuesos.  
Vengan apriesa, o vengan poco a poco,  
no salgo a recibir a los sucesos;  
bástales la malicia de sus horas:  
no anticipen crepúsculos ni auroras.

Siervo de la cudicia y del deseo,  
tabla breve abracé, madre piadosa;  
desprecióme el abismo por trofeo;  
vecindad fuí del cielo sospechosa;  
bebí la saña del azul Nereo,  
y, por yerro, una máquina espumosa  
me escupió, al fin, por afrentar al puerto,  
y escapé, ni bien vivo, ni bien muerto.

Enjugando la ropa en esta playa,  
te demarco las sirtes enemigas,  
porque, si no segura, cauta vaya  
esa movable poblazón de vigas.

Lo que es leño en la mar, es aquí haya;  
aquí eres dueño del que allá te obligas  
a fatigar con ruegos los oídos,  
tan bien votados cuanto mal cumplidos.

¡Oh Soledad, del bien acompañada,  
y así, de la ambición mal conocida!  
Si en la ciudad se abrevia mal lograda,  
bien lograda se alarga en ti la vida.  
Restitúyase a sí, tan bien ganada  
cuanto se hurtó en Corte, mal perdida:  
por hallarme, te busco sin estruendo;  
venza otro peleando; yo, huyendo.

¡Oh pacífica tregua del suspiro,  
que, de rústica Flora coronado,  
ahogos cefirizas con respiro,  
restitución del ánimo apurado!  
Novedad de los años, ¡oh Retiro!  
no me hallé más bien acompañado  
que solo, ni, en sus felpas de reposo,  
menos ocioso estoy que estando ocioso.

Rendir a Dios y a la razón los bríos  
y al ánimo los varios accidentes  
pomos son destos árboles sombríos;  
néctar son que distilan estas fuentes.  
Más debo que cristales a estos ríos,  
y más que flores debo a estas corrientes,  
porque a esotros negocios hace el ocio  
ser episodios del mayor negocio.

Cifrado, pues, el bosque en verdes paños,  
sobresalto la paz del conejuelo,  
que acecha de las flores los engaños,  
árbitro de los vientos su recelo;  
mas, intimándole el temor los daños (*sic*)  
y cometiendo la sospecha al vuelo,  
se ve alcanzando el vuelo y la sospecha,  
a un tiempo, de los ojos y la flecha.

Mucha parte en el cielo aquí se tiene:  
no de techo impedido de artesones;  
tarde la noche y presto el alba viene;  
todo es licencia; todo es ocasiones.

Yo, en las que mi heredad planas contiene  
(pautados a compás largos renglones),  
con oro escribo, y mucha Ceres leo,  
y respuesta recibe mi deseo.

Céfiro dulce, con error florido,  
persüade en retórica idioma  
fecundas tiranías al sentido;  
la vista embarga, si los pasos toma.  
Sueños enseña y solicita olvido  
desvanecida erudición de poma,  
y Mayo disüade las congojas  
con tantas lenguas cuantas viste hojas.

Con pincel y colores lisonjeras  
copia lo natural de la pintura,  
en muchas tablas, muchas primaveras;  
la hermosura venciendo a la hermosura.  
Pintoresco estofado, por las eras,  
períodos construye de verdura,  
y Pomona, que engaños aconseja,  
con sobresaltos de cristal corteja.

De saeta de aljófár ofendido,  
que le alcanzó con paso medio humano,  
apela el forastero inadvertido  
a rayos, que divierte con la mano.  
En blandos nudos de cristal prendido,  
falsos refugios solicita en vano,  
que en corte de zafiros y esmeraldas  
aun no tiene seguras las espaldas.

Tú que campañas con los vientos huellas,  
fuente que manas de esmeraldas finas,  
o presumes morar con las estrellas,  
o gigante, de aljófár las fulminas;  
si no es que, por bañarte en auras bellas,  
a sus mares helados te avecinas,  
o en cunas de alhelís la tierna Aurora  
nace riendo y sobre el cielo llora.

Tú, Filomela, acentuando llamas  
(durmiendo el sol en pabellón de espuma),  
distilada en lisonjas te derramas,  
*104* sin que el fuego que cantas te consuma.

Cometes (dulce lengua de las ramas)  
más fugas con la voz que con la pluma,  
y desperdicias quejas de cuñada,  
que deja de ser culpa en bien cantada.

Fuente que el peso de los montes suda,  
que inventa sed, annal de varia historia,  
habla en sus labios elocuencia muda  
y tomo sus discursos de memoria.  
Gozo en su margen, cultamente ruda,  
en diversas bellezas igual gloria,  
de su doctrina; fructa que es tan bella,  
que ojos, manos y gusto comen della.

Si esta, pues, Soledad merecimientos  
te da que la conozcas y recibas,  
con palio aplaudirá tus escarmientos  
cuando en cartas de troncos los escribas.  
Arboles, moradores de los vientos,  
vivos pliegos serán de letras vivas  
que hablen en tarjeta vividora:  
«Mal principio atajado, el fin mejora».

Saldráte a recibir en azahares,  
mil pasos el jardín; la bienvenida  
cortés le volverás, cuando llegares  
brindándole a las eras la bebida.  
El gusto cebarás en los manjares  
y rendirás la hambre a la comida,  
y cohechará Otoño tu licencia  
si a sus varas les tomas residencia.

Cuando abeja ignorare, argumentosa,  
(recién nacido Abril) la miel florida,  
librea estrenarás, que Flora hermosa  
tejerá, de lisonjas construída:  
porque, rompiendo su prisión la rosa,  
en impaciente grana divertida,  
madrugará esperanzas de aquel cuerno  
que restituye robos del invierno.

Ya que, pía de Juno hecho el prado  
(oprimidos con lilies tus cabellos),  
se convide al vivir sin ser llamado,  
verás tus dichas en sus ojos bellos.

Tras ti se irán las aguas y el ganado,  
oyendo versos, y admirando en ellos  
alabanzas del gusto con que vives  
volviendo al Cielo cuanto dél recibes.

Cuando en brocado azul, de ciento en ciento,  
brille la noche trémulos diamantes,  
altere la floresta tu instrumento;  
emperece al arroyo cuando cantes.  
De las piedras el mal acogimiento  
no murmure con labios espumantes,  
tal, que te alabe en ámbar la selva,  
y Eco, en usuras, a cantarte vuelva.

Cuando en carro de rosas viene el día,  
con sencillos cuidados te levantas,  
a los aires trasladadas su armonía  
y, con la lira trebejando, cantas.  
La selva, de cambiante argentería  
errores danza con inmóviles plantas,  
y abejas hiblas despertando flores,  
te dan los buenos días con olores.

Ya que en nuestro cenit el sol subido,  
en fil de las dos metas pesa el día,  
y las sombras mayores se ha bebido  
con labios de bochorno y de sequía.  
Cuando ni el aire está más encendido  
ni la fuente diáfana más fría,  
y el novillo, con media luna breve,  
botes al viento tras la mosca embebe,

de un arcabuco en mal distinta gruta  
te hurtarás, do el musgo en barbas medra,  
y de conchas aradas tela bruta  
desmiente infamias de la tosca piedra.  
Alcoba fresca ocuparás enjuta,  
que ostente ingrata vecindad de yedra,  
elicrisos y azándares el lecho;  
racimos de carámbanos el techo.

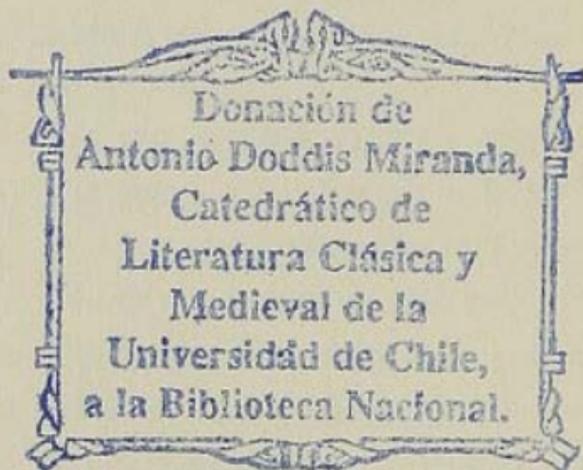
Pródigo de regalos, pues, el viento,  
con el peso las ramas humillando,  
nectáreo honor disfrutarás contento,  
los riegos en almíbares cobrando;

el firme de las hojas movimiento  
beberás en la fuente, alimentando  
el ocio en plateadas alamedas,  
que fingen que se van, y se están quedas.

Ven y verás por estos valles frescos  
ensortijados lazos y follajes;  
porfiando, argumentos arabescos;  
difiñiendo, cogollos y plumajes;  
chórcholas de subientes y grutescos  
prender espigas, trasflorar celajes;  
prósperos tallos de elegantes vides  
trepando en ondas el bastón de Alcides.

No buscar, escoger amigos ciento  
puedes: Platón y Séneca son buenos;  
y si los pasas al entendimiento,  
tuyos serán sus libros, que no ajenos.  
Redes, lazos y anzuelos te consiento,  
pues no vendrá la perfección a menos;  
que si ocio estéril sin obrar te halla,  
será trocar pasión, y no curalla.

La memoria, la patria y el amigo  
déjate allá, sin más correspondencia;  
que al que no trae su corazón consigo  
poco importa el lugar, ni hacer ausencia.  
Si introduce gran mal no gran postigo  
en tu salud no hagas experiencia;  
mas, sin romperle la cubierta al pliego,  
sepa las nuevas de tu tierra el fuego.



---

---

## NOTICIA DEL TEXTO APARECIDO EN ESTA EDICION

---

---

*Los poemas que componen nuestro volumen se han seleccionado de las OBRAS DE PEDRO ESPINOSA, coleccionadas y anotadas por D. Francisco Rodríguez Marín. Madrid, 1909. Hemos introducido ligeras modificaciones en la puntuación y en la lección de algunos versos para aclarar su sentido.*

*El título del presente libro corresponde a un fragmento del soneto de Espinosa que empieza por decir: «Llegó Diciembre sobre el cierzo helado...»*

*El director de la colección agradece vivamente a D. Jorge E. Bogliano la valiosa ayuda que le prestara en la confección de este libro.*



---

---

# I N D I C E

---

---

*Prólogo* . . . . . 7

## SONETOS

AL GUADALHORCE . . . . .	17
<i>Estas purpúreas rosas que a la Aurora</i> . . . . .	18
<i>Llegó Diciembre sobre el cierzo helado.</i> . . . .	19
<i>El sol a noble furia se provoca.</i> . . . .	20
A ANTONIO DE MOHEDANO . . . . .	21
A LESBIA . . . . .	22
A LA ASUNCIÓN DE LA VÍRGEN MARÍA . . . . .	23
A LA SANTÍSIMA VÍRGEN MARÍA . . . . .	24

A NUESTRA SEÑORA DE MONTEAGUDO . . . . .	26
AL CONOCIMIENTO DE SÍ PROPIO . . . . .	27
AL INFIERNO . . . . .	28
FÁBULA DE GENIL. . . . .	31

## CANCIONES

AL BAUTISMO DE JESÚS . . . . .	47
A LA NAVEGACIÓN DE SAN RAIMUNDO DESDE MALLORCA A BARCELONA. . . . .	52

## PSALMOS

<i>Pregona el firmamento.</i> . . . . .	61
<i>Levanta entre gemidos alma mía</i> . . . . .	64

## SOLEDADES

SOLEDADE DE PEDRO DE JESÚS, PRESBITERO. . . . .	71
SOLEDADE DEL GRAN DUQUE DE MEDINA SIDONIA . . . . .	91

# ACABOSE

de imprimir el 12 de Noviembre de mil novecientos cuarenta y seis en las Prensas de la Universidad de Chile, en número de dos mil ejemplares. El autor expresa su gratitud a don Manuel Rojas, Director, que corrigió este trabajo; a don Raúl Gardaix, Regente; a don Jorge Torres, compaginador; a don Gustavo Vallejos, que lo compuso a mano; a los prensistas, don Voltaire Soza y don Orlando Soza; a don Carlos Cofré y don Enrique González, encuadernadores; y a don Mauricio Amster, que hizo el modelo para este libro.

1609





*Biblioteca*  
**NUEVO MUNDO**

Con el título de Biblioteca NUEVO MUNDO se reúnen las distintas colecciones de autores americanos publicadas por «Cruz del Sur». En dicha Biblioteca ocuparán el destacado lugar que merecen aquellos escritores cuya influencia en el mundo iberoamericano, pese a la indudable calidad de sus obras, es limitada por la escasez de ediciones anteriores. Esta rigurosa selección de autores y textos, ordenados según los países de procedencia pretende ser un exacto reflejo de las letras de América en la actualidad y en su historia.

*Colección*  
*de Autores Chilenos*

DIRECTOR: MANUEL ROJAS

*ALHUE*

JOSÉ SANTOS GONZÁLEZ VERA

*LA EPOPEYA DE MOÑI*

MARIANO LATORRE

*LOS PAJAROS ERRANTES*

PEDRO PRADO

*VIÑETAS*

ALFONSO BULNES

*CANCION*

JUAN GUZMÁN CRUCHAGA

*EL LIBRO PRIMERO DE MARGARITA*

JUVENCIO VALLE

*TRES POETAS CHILENOS*

TOMÁS LAGO

*TEMBLOR DE CIELO*

VICENTE HUIDOBRO

*POEMAS SELECTOS*

MAX JARA

*MIRANDO AL OCEANO*

GUILLERMO LABARCA HUBERTSON

(Publicada y agotada)

*Colección*  
*de Autores Chilenos*

DIRECTOR: JOSÉ SANTOS GONZÁLEZ VERA

*EL BONETE MAULINO*

MANUEL ROJAS

*VINO TINTO Y OTROS CUENTOS*

LUIS DURAND

*MAR*

AUGUSTO D'HALMAR

*ELOISA*

RAFAEL MALUENDA

*LA SEÑORA*

FEDERICO GANA

*AGUAS ABAJO*

MARTA BRUNET

*COSTUMBRES MINERAS*

JOTABECHE

*CUENTOS DE PEDRO URDEMALES*

RAMÓN LAVAL

*DESVELOS EN EL ALBA*

AMANDA LABARCA

*ANTOLOGIA DE POETAS CHILENOS*

SERGIO ATRIA

(Publicada y agotada)

## *Colección*

# *LA FUENTE ESCONDIDA*

DIRECTOR: JOSÉ RICARDO MORALES

**E**n apretada gavilla reunimos varios líricos de los siglos de oro españoles, cuya obra, por rutinario y lamentable hábito, se encuentra excluída de las nuevas publicaciones dedicadas a los clásicos. Alguno de los autores que en ella aparecen no tiene ediciones posteriores a las de su tiempo; otros, la mayor parte, carecen de recientes estudios que los justiprecien desde puntos de vista actuales. No nos mueve en nuestro trabajo un afán exhumatorio de antiguos restos, suerte de arqueología literaria al alcance de laboriosos eruditos. Lo pasado, pasado. Pero lo eterno, por vivo, debe ser revivido en cada época, reconquistándole su perennidad según el leal saber y entender que en ella se usen. Con tal intención de rescate y reverdecimiento, publicamos esta serie de clásicos sumidos en «las aguas del olvido» que nombraba uno de nuestros poetas. Aquella eterna fuente está escondida», decía San Juan de la Cruz. Porque aflore de nuevo con toda su viva gracia, frescor y ornato de nuestras letras, damos a la luz los celados autores que componen nuestra colección.

Publicado

*ROMANCERO ESPIRITUAL*

JOSEF DE VALDIVIESO

*DEL CRUDO AMOR VENCIDO*

FRANCISCO DE LA TORRE

*OCIO MANSO DEL ALMA*

FRANCISCO DE FIGUEROA

*ORFEO*

JUAN DE JAÚREGUI

*DE TAL ARBOL TAL FRUTO*

FLORILEGIO DE CANCIONES DE LOS SIGLOS

XV Y XVI

*LA DULCE LIRA*

LUIS DE BARAHONA SOTO

*POR LA REGION DEL AIRE Y LA DEL*

*FUEGO*

JUAN DE TARSIS, CONDE DE VILLAMEDIANA

*LA VENA ROTA*

SALVADOR JACINTO POLO DE MEDINA

*JARDINES COMPUESTOS*

FRANCISCO DE MEDRANO Y FRANCISCO DE RIOJA

en prensa

*ADMIRACION DE MARAVILLAS*

PEDRO ESPINOSA

# *Colección*

## **Divinas Palabras**

**L**os místicos y ascetas españoles, al convertir en habla lo que fuera experiencia religiosa inefable, hicieron del castellano una lengua adulta similar en expresividad y blandura a las antiguas clásicas. Nuestro lenguaje nunca conoció galas idénticas a las que luciera en los escritos religiosos de los siglos XVI y XVII; raras veces, también, por el afán de unirse a la divinidad se expusieron ideas de tan distintos orígenes y procedencias. Esa riquísima floración de actitudes y pensamientos diversos, bien merecía una visión de conjunto donde pudieran apreciarse, en toda su hermosura, las plurales virtudes del idioma y la fe. No es otro el propósito que nos lleva a reunir, en esta Colección, obras esenciales de la compleja religiosidad española, prosas y poemas debidos a sus figuras cimeras, divinas palabras escogidas de entre lo más granado de nuestra literatura sacra.

De inmediata aparición

SAN JUAN DE LA CRUZ: *Poesías Completas. Aforismos. Cartas.* Edición, prólogo y notas de Pedro Salinas / FRAY LUIS DE LEÓN: *Cantar de Cantares.* Edición, prólogo y notas de Jorge Guillén

en prensa

MAESTRO ALEJO VENEGAS: *Agonía del tránsito de la muerte* / SANTA TERESA DE JESÚS: *Conceptos del amor de Dios. Relaciones espirituales Poesías completas.* / FRAY JUAN DE LOS ANGELES: *Tratado espiritual de la presencia de Dios. Lucha espiritual y amorosa entre Dios y el alma* / FRAY LUIS DE GRANADA: *Introducción del Símbolo de la Fe.* / FRAY FRANCISCO DE OSUNA: *Tercer Abecedario espiritual.* / SOR MARÍA DE JESÚS DE AGREDA: *Mística ciudad de Dios.* / FRAY DIEGO DE ESTELLA: *Tratado de la vanidad del Mundo* / BEATO JUAN DE AVILA: *Cinco tratados para la venida del Espíritu Santo.*

Destinada a los suscritores de Cruz del Sur

COLECCIÓN  
RESIDENCIA EN  
LA TIERRA  
OBRA POÉTICA DE

*Pablo Neruda*

DIRECTOR: JUVENCIO VALLE

Un Universo poético vasto y profundo, estrechado y ardiente, que comienza en la adolescencia con la *La Canción de la Fiesta* y llega en su madurez hasta esa grávida y emocionada salutación a la patria que se llama *Himno y regreso*. Poesía de materiales húmedos y humanos, poesía de la tierra y del hombre, ensangrentada en su corazón, desgarrada en su íntima estructura: nada de lo que a la vida le corresponde queda excluído de este canto que es como el exaltado registro de una existencia vivida heroica y plenamente. Irguiéndose sobre su propio corazón el poeta ha creado una tempestuosa epopeya universal que todo lo ha removido y penetrado con el solo ímpetu de su voz.

LA CANCIÓN DE LA FIESTA

---

CREPUSCULARIO

---

EL HONDERO ENTUSIASTA

---

TENTATIVA DEL HOMBRE INFINITO

---

20 POEMAS DE AMOR Y UNA CANCIÓN DESESPERADA

---

EL HABITANTE Y SU ESPERANZA

---

ANILLOS

---

RESIDENCIA EN LA TIERRA \*

---

RESIDENCIA EN LA TIERRA \*\*

---

LAS FURIAS Y LAS PENAS Y OTROS POEMAS

---

ESPAÑA EN EL CORAZÓN

---

DURA ELEGÍA

---

HIMNO Y REGRESO

Destinada a los suscritores de Cruz del Sur

*Colección*

# **Raíz y Estrella**

publicada

## **POETAS EN EL DESTIERRO**

*Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, León Felipe, José Moreno Villa, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Juan Larrea, Emilio Prados, Rafael Alberti, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre.*  
(Antología, prólogo y notas por José Ricardo Morales.)

*ESPAÑA Y EUROPA*  
JOSÉ FERRATER MORA

*JORGE GUILLEN. CANTICO*  
JOAQUÍN CASALDUERO

*LA IRONIA, LA MUERTE Y LA ADMIRACION*  
JOSÉ FERRATER MORA

en prensa

*EL EMBUSTERO EN SU ENREDO*  
JOSÉ RICARDO MORALES



BIBLIOTECA NACIONAL  
SERV. SELECCION, ERUDICION Y CONTROL

C. [ ]

17

D. [ ]

SECC.

CHILENA

